DOMINGO III DE CUARESMA (CICLO B)

La liturgia de este III Domingo también se apoya en dos centros: La Alianza (Lectura 1ª) y la manifestación simbólica de la muerte de Jesús, mediante la purificación del Templo, narrada por el evangelista San Juan.

Si los domingos anteriores de Cuaresma fueron Noé y Abrahán los representantes de la Alianza de Dios con su pueblo; ahora es Moisés, como guía de Israel, al pie del Monte Sinaí, quien ratifica la Alianza entre Dios y su pueblo.
Nos estamos preparando para celebrar la Obra más maravillosa de Dios a favor de su pueblo; de aquí la utilidad y la conveniencia de seguir los pasos, las Obras de Dios desde el principio en pro de su pueblo. La Alianza es la gran efemérides de Dios, pues expresa todo lo que el Señor ha hecho.

La primera Alianza, la de Moisés, fue sellada con una ceremonia muy expresiva: con la sangre de los animales rociaron el altar (símbolo de Dios) y también las dos piedras que representaban a las doce tribus del pueblo: así quedaba expresada la unión entre Dios y su pueblo.
Ahora, la Nueva Alianza queda sellada con la Sangre de Cristo en la Cruz. Es la mejor prueba de la seriedad y consistencia con que Dios ha tomado por su parte esta Alianza.

Si las Alianzas de Dios con Noé y con Abrahán eran más promesas que contratos bilaterales. Esta del Sinaí exige más claramente una respuesta consciente y decidida del hombre. Dios contará lo que ha hecho por su pueblo; éste debe comprometerse a guardar unos preceptos, unas leyes.
"El Señor pronunció las siguientes palabras: yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí..."(lª lectura, del libro del Exodo).

"Los diez mandamientos" describen el estilo de vida que Dios quiere que lleven los suyos.
El decálogo es una llamada al pueblo para que sea reflejo de la actividad del Señor, de su gloria y santidad, que se manifiesta en su bondad, misericordia y compromiso activo. El estilo del decálogo es lapidario, sobrio y de un denso contenido moral.

Los cristianos, además de los diez mandamientos, que siguen vigentes... tenemos una Nueva Alianza como criterio de vida: el Evangelio, con sus bienaventuranzas y las enseñanzas de Jesús, que perfeccionan la Primera Alianza.

Esta Alianza es liberadora, sus exigencias son aceptables, convienen al hombre. Ponemos en boca de todos los Israelitas, que aceptan este compromiso, las palabras del salmo l8:" *Señor, tú tienes palabras de vida eterna*" (Estribillo) "*La ley del Señor es descanso del alma" "Los mandatos del Señor alegran el corazón" "La norma del Señor es límpida y da luz a los ojos".*

Urge tener una experiencia semejante; mientras no sintamos esta vivencia; los preceptos del Señor nos resultarán pesados.

Ya en el tercer domingo de Cuaresma, las lecturas y las oraciones nos apremian a que entremos de veras en ese camino por el cual camina Cristo." *Hermanos: Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los griegos;*

pero para los llamados a Cristo-judíos o griegos: fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (2ª lectura, de la primera Carta a los Corintios).Pablo dice convencido que la verdadera sabiduría y fuerza está en Cristo crucificado. Esta Cruz, y la glorificación pascual, animan y motivan todo nuestro camino, nuestro estilo de vida cristiana.

Este texto está lleno de antítesis y de contrastes, para poner de relieve el aspecto realmente sorprendente del mensaje cristiano sobre Cristo crucificado... El judaísmo espera milagros, gestos visibles y espectaculares, mientras que la cultura helenista se caracteriza por la importancia de la reflexión racional.

Cristo siempre producirá en nosotros una gran paradoja. Los humanos queremos entretenernos en el aspecto brillante, atrayente de la misma, despreciando, no valorando la otra cara, la más oscura, la menos llamativa.

Si en el domingo I de Cuaresma contemplábamos a Cristo en el "desierto" y en el II domingo en el Tabor transfigurado; en este III domingo le vemos echando a los mercaderes del templo.

Los evangelios de estos tres últimos domingos del Ciclo B, no se toman del evangelista San Marcos, sino de San Juan.

El Evangelio de hoy lo podemos considerar como un anuncio simbólico de la muerte salvadora de Cristo. Cristo se compara con el Templo*." Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" " El hablaba del templo de su cuereo"* (Evangelio).
Desde el inicio del evangelio, San Juan sitúa muchos episodios de Jesús en Jerusalén (los sinópticos en Galilea), y en concreto en el marco de una fiesta judía. Según San Juan la actividad de Jesús girará con mucha frecuencia en torno al templo y lo que él significa.

Cristo purificando el Templo se anuncia a sí mismo como Templo nuevo, lugar de encuentro entre Dios y el hombre, y ámbito de la santidad.

Este hecho lo narran los cuatro evangelistas; los sinópticos al final de la vida de Jesús, en la última semana, vivida en Jerusalén, donde va a morir. San Juan lo coloca al principio de la vida pública de Jesús, cuando va a Jerusalén, en la Pascua de los judíos. No es importante saber la verdad cronológica de este acontecimiento, sino su significado teológico, simbólico. Jesús es el verdadero templo de Dios, donde puede producirse el encuentro entre Dios y el hombre en cualquier circunstancia vital que se encuentre y, por tanto, sea cual fuere el sentimiento o necesidad que quiera expresarse en la confrontación con Dios.

"Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre" (Evangelio). En el Evangelio de San Juan, en lugar de hablar de la purificación del templo, sería más exacto referirse a la "sustitución " del mismo. Jesús no es sólo un profeta reformador, es el Hijo de Dios. Al designar al templo como *la casa de mi Padre*, Jesús se presenta como el Hijo que tiene autoridad en el templo y sobre él.

Este domingo III de Cuaresma del Ciclo B conecta con el primero (Jesús en el desierto para ser tentado) y también con el segundo domingo (Cristo, que se transfigura. El templo de Jerusalén será destruido para ser sustituido.